

Caballo e indios en A. del Sur.

AÑO XXVII — Nº 1315.

EL DIA

MONTEVIDEO, MARZO 30 DE 1958.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



Dr. BALTASAR BRUM.
(Fotografía Juan Caruso)

A veinticinco años de la muerte heroica. Baltasar Brum sigue vivo en la pasión de un pueblo que jamás podrá saldar su deuda de gratitud cívica.



Life charrúa de las tribus residentes en el Brasil meridional (según Dobret 1834)

LOS BAGUALES

EL retorno del caballo a la patria americana de sus antecesores provocó una serie de consecuencias biológicas y culturales con características tan imprevisibles como exacerbadas.

Los caballadas cimarronas de la zona circuncaribe, los munang tejanos, los mestizos de México y los baguales de las pampas inauguran una furiosa primavera de libertad zoológica que redime a la especie equina de los milenios padecidos en sumisión doméstica. En contacto con la natura-

EL CABALLO Y LOS INDIOS DE AMERICA DEL SUR

leza plena el caballo alzado rescata la sabiduría instintiva de la manada prehistórica y revalida las estrategias vitales del gregarismo, de la astucia y de la fuerza bruta.

Los indios nómades de las llanuras, a su vez, descubren en esos caballos salvajes una nueva reserva de riqueza alimenticia primero y valiosos aliados para la guerra poco después. Se hacen grandes jinetes e incorporan a su cultura material y espiritual las categorías y las potencias de la equitación para fundar, durante cuatro siglos, un imperio de terror desatado.

Pero antes de considerar los efectos de la incorporación del caballo a la vida indígena sudamericana veamos el comportamiento de las caballadas chúcaras en las pampas y penillanuras del Nuevo Mundo.

El primer aspecto de la existencia de los baguales en la zona rioplatense se refiere a su propia denominación.

¿Cuál es, en efecto, el origen del nombre bagual?

Daniel Granada, en su *Vocabulario rioplatense razonado*, 1890, ofrece la siguiente explicación sobre su etimología:

"El caballo, como es sabido, fue importado por los españoles; pero alzólo, se hizo salvaje, propagándose considerablemente por las pampas del Sur de Buenos Aires.

Los indios que las habitaban acomodaron a su lengua el nombre que de boca de los conquistadores entendieron que se daba a un cuadrúpedo que no conocían, llamándolo *cahuallu*, *cahuello* y *cahuall*. Los españoles, tomando a su vez de las pampas este último vocablo ligeramente modificado, dieron en llamar *bagual* al caballo que allí hallaron salvaje, con lo que le distinguían del manso o sujeto al dominio del hombre..."

Esta etimología es aceptada en nuestros días por Angel Cabrera (*Los caballos de América*, 1945) y R. B. Cunningham Graham (*Los caballos de la conquista*, 1946) como antes lo fuera por Félix de Azara (*Apuntamientos para la Historia Natural de los Cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata*, 1802).

No todos se sienten, sin embargo, conformes con esta explicación.

En dos estudios aparecidos casi simultáneamente, el recientemente desaparecido etnólogo Salvador Canals Frau (*Sobre el origen de la voz bagual*; *Anales del Instituto de Lingüística de la Universidad de Cuyo*, Tº I, 1941) y su colega Julián C. Cáceres Freyre (*En torno a Bagual*; *Revista Bagual* Nº 1, Buenos Aires 1941) sostienen que la etimología es otra.

En efecto, allá por el 1582 aparece por vez primera escrita la citada palabra en un documento español que mentaba las depredaciones audaces de un cacique querandi llamado Bagual. Por extensión bagual pasó, al adjetivarse, a ser sinónimo de insurgente, de insumiso, de alma libre y levantista. Los baguales, pues, habrían sido primero los indios en perpetua revuelta y luego los ganados alzados.

Canals Frau escribe al respecto: "Como el ganado cimarrón mostraba poseer la misma pasión (de libertad), nada más lógico que admitir como muy probable que el nombre que los españoles dieron a la indiana alzada, pasara poco a poco a designar también al ganado libre que estaba en la misma situación".

Sea cual fuere el origen de esta denominación lo que interesa realmente es la existencia y vigencia del bagual en los pastizales del Río de la Plata, donde llegó a constituir una especie de entidad apocalíptica.

En manadas casi incontables retozan los baguales por las llanuras inmensas levantando polvaredas de color herrumbre y turbando el silencio antiguo con el estruendo de sus galopes. Al frente van los padrillos, espumosa la boca, feroz el ojo, tendida la crin como una bandera, incesante el relincho como un clarín. Hijos del espacio y de la furia corren siempre contra el viento, al cual se oponen con instintiva contumacia, semejantes a un ejército rojo. No hay otro pelo que el colorado entre los baguales. Poquitos son zainos y alazanes tostados, pero estos pelos apenas cuentan en la nube rojiza que estremece las pampas con su largo trueno.

Los viajeros han dejado vívidas descripciones de estas bestias en libertad absoluta. Contrariamente a los esmirriados cayuses de las pieles rojas los baguales del Sur son de *alzada* grácil, de músculos poderosos, de anca reluciente. Robert Crawford que los vio en la época de su decadencia, hacia el 1872, dice sin embargo que quienes sólo

han conocido al caballo en estado doméstico "no pueden formarse una idea de la grandiosidad y el brío de sus semejantes, en estado de baguales, libres del contralor del hombre".

Dotados de artera sagacidad, los baguales despojan a los viajeros de sus caballadas cautivas. Son los vengadores de la domesticación de la especie, los redentores de una fiel esclavitud. Instintivamente comprenden que sus hermanos padecen viéndolos beber los vientos mientras aquellos mastican la dura ignominia del freno y sienten el rigor de la espuela en el ijar resignado. Y entonces forman largas columnas se precipitan sobre los viajeros pampeanos para arrebatarles sus tropillas de refresco.

Félix de Azara, en su citado libro, describe minuciosamente la estrategia de estos raptos fraternales: "Embisten al galope a las caballadas y yeguas mansas siempre que las ven y, pasando sobre ellas o junto, las llaman y acarician con bajos relinchos de afecto, las alborotan y ellas se incorporan sin dificultad, yéndose todos juntos para siempre. Así sucede a los viajeros que les embisten los baguales y los dejan sin poder continuar, llevándose los caballos mansos de repuesto o de remuda, que siempre llevan sueltos por delante. Para evitar esto, al divisar la bagualada que embiste infaliblemente, es preciso que hagan alto para rodear a sus caballos sueltos y salir a encontrar a los baguales, espantándolos para que se desvíen.

El modo de embestir no es en línea de batalla, sino que algunos van delante y siguen todos en columna, que jamás se corta o interrumpe y, a lo más, tuercen la dirección si la espantan. A veces dan muchas vueltas antes de ausentarse, alrededor de los que los desvían; otras pasan una sola vez y no vuelven; y otras, llegan los baguales tan ciegos, que se estrellan contra las carretas si las hay".

LA METAMORFOSIS DEL INDIO

Los indios bravos de las llanuras, al hacerse jinetes y dominar los baguales del desierto, se convertirán en un azote ubicuo, sorpresivo, sanguinario. Del fondo de la noche y de la distancia, venidos de rumbos misteriosos, aparecen de pronto como una tormenta, atacan poblaciones y viajeros, lancean a todo bicho viviente, incendian campos y poblaciones, degüellan niños y se llevan las mujeres en flor, hacen daño por el gusto de dejar una huella escarmentadora y, después de dilatar su señorío en una onda concéntrica de violencia y de gritos, retornan a sus remotas tolderías, al trote largo, fugaces como fantasmas de humo.

En los llanos de Venezuela, en las praderas chilenas del Bío-Bío y en las coxilhas riograndenses, los indígenas se alían con el caballo para iniciar un ciclo de amargos sobresaltos para el conquistador y sus descendientes. Pero en las regiones donde la geografía ofreció a los indios la pista ilimitada de las pampas y la gracia de un clima ideal, el empuje de éstos se multiplicó de modo tremendo.

Los caballos habían encontrado en la zona pampeana un hábitat insustituible, de permanentes pasturas y buenas acuadas, y los salvajes, ya bravos y agerridos de por sí, al domarlos, se convirtieron en una réplica americana de la horda mongólica.

Un viajero que se aventuró a cruzar la pampa en 1749, el historiador P. Francisco Javier Miranda, ha dejado esta pintura sobrecogedora de la peligrosidad de los indígenas ecuestres que azotaban las llanuras desde la Patagonia al Chaco:

"Los pampas, los minuanos, los charrúas, los guaycurúas, los abipones, los mocobíes, los tobas, los chiriguanoes, los mataguayos y otras naciones bárbaras, corrían libremente por las comarcas de las ciudades españolas; y aún se presentaban a la vista en aire de provocación y desafío. Talaban sus campos y sembrados, pegaban fuego a las mieses, mataban o cautivaban a toda la gente de campaña, reducían a cenizas todas las habitaciones campestres; robaban los ganados y los arreaban a sus bosques; se apoderaban de cuanto traginaban los comerciantes, cortando la cabeza a toda la gente del convoy y llevándola por trofeos sobre la punta de las lanzas o de los dardos: en una palabra, tenían acorralados a los españoles en sus ciudades, fuera de las cuales no se veía sino un perpetuo desierto y soledad."

Nadie se atreve a transitar esas comarcas riesgosas si no es en una protegida



al sentir
los efectos
de la

ACIDEZ
¿QUE HACER?

Nada mejor que dejar disolver en la boca TABLETAS DE LECHE DE MAGNESIA DE PHILLIPS. ¡Qué cómodas y qué ricas!... Tienen un delicioso sabor a menta. Prácticas como antiácido y digestivo a la vez. Y es LECHE DE MAGNESIA DE PHILLIPS concentrada.



**TABLETAS
PHILLIPS**

AUT. C. H. DE REG.

caravana de carretas, como la formada por 80 vehículos que así describe el propio Miranda:

"Los viajeros componían el número de casi 200 hombres. Todos los carreteros, boyeros peones y muchos de los pasajeros iban armados, unos de lanzas, otros de escopetas, pistolas, sables, espadas; se tocaba de noche, frecuentemente, la caja o el tambor; de cuando en cuando se disparaban algunas bocas de fuego, todo con la mira de avisar a los bárbaros de los contornos, que estábamos alerta y preparados para recibirlos; y con todo eso, caminábamos, como suele decirse, con el Credo en la boca."

Como esta hay muchas descripciones. Basta leer los versos del *Martín Fierro* o, las páginas dedicadas por Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles* a la agresividad ecuestre de los pampas, para comprender que el caballo fue el agente traumático que convirtió a las llanuras del Nuevo Mundo en el escenario oprobioso de la desmesura hípica y de la matanza como sistema de vida.

EL COMPLEJO CULTURAL DEL CABALLO

La metamorfosis operada en las costumbres del indio de las llanuras sudamericanas a partir del siglo XVI merced a la domesticación y utilización del caballo no incide solamente sobre su agresividad y tácticas de combate.

El caballo se convierte en una figura simbólica, en una fuente de figuraciones rituales y ceremonias mágicas. Un potente mundo de actividad creadora irrumpe, como un viento súbito, en la estagnada cultura de los cazadores nómadas. Y de este modo se inaugura el complejo cultural del caballo que centra en sus valores activos todo el macrocosmo y el microcosmo del salvaje, conjugando en su derredor las antiguas pautas y rasgos de un ciclo histórico-cultural de con una característica central y que forman

La terminología antropológica (o etnológica, como sería más correcto decir) denomina complejo cultural a "un grupo de rasgos culturales entrelazados, de ordinario, con una característica central y que forman un todo con el que guardan relación" (Charles A. Ellwood).

El caballo, de acuerdo a los caracteres señalados, fue el centro de un rico y reciente complejo cultural entre la indiada del Sur del continente, como también más tarde, a partir del siglo XVIII lo fuera en Norte América. En América del Sur, durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX el caballo conmovió sustancialmente las categorías económicas, mentales y sociales de los aborígenes que lo adoptaron, al punto que se convirtió en el motivo fundamental y en la razón zoológica y zoolátrica de la existencia de aquéllos.

El primer contacto del indio con el caballo fue degradante para éste. Una presa de caza fue sustituida por otra. Los antiguos comedores de guanacos y ciervos se convirtieron en comedores de caballos. Así lo atestigua el jesuita Sánchez Labrador que los vio, en pleno siglo XVIII, hacer hecatombes de caballos domésticos y baguales para utilizar solamente "las costillas, lomos y espaldas" dejando lo demás "para los perros".

Pero la equitación limita las matanzas, que se reducen solamente a las de los actos rituales.

El repertorio de la cultura material se amplía con la incorporación del caballo a la vida nómada. Las tolderías, el vestido y el hilo para coser las pieles, comienzan a fabricarse con cueros y nervios de caballo sin dejar de lado los lujosos y clásicos atavíos de piel de ciervo, nutria, zorro y guanaco.

Las ceremonias de paso y los ritos que consagran las distintas etapas de la vida, incorporan al caballo a su funcionalismo mágico: desde el nacimiento hasta la muer-



Indios brasileños en una carga de caballería (según J. E. Debrei, 1834).

te, el indio riega con sangre equina su tránsito violento y desamparado por el mundo. Cuando muere un cacique los pampas sacrifican su flete favorito y los araucanos le quiebran una pata para que ponga en el cortejo fúnebre un acento de ineptitud lastimosa, de cojera doliente. En cambio, para entrar en combate llenos de poder y agilidad, los guerreros empapan sus pelambres con sangre de potro.

El poder de los hombres se mide por la cantidad de caballos que forman las distintas tropillas de un solo pelo que poseen. La hipomanía no tiene sólo valor afectivo: se convierte en dispensadora de prestigio social. La ganadería sentimental adquiere entonces, al igual que en África sudoriental y en Madagascar, un signo suntuario, aunque en estas regiones impera el vacuno

mientras en las pampas reina el caballo de morio total.

Mucho más podría decirse del complejo cultural del caballo en la mentalidad indígena y en el trasmundo shamánico. Baste con lo expuesto para advertir que el impacto equino fue de enorme importancia en la vida material y espiritual de los cazadores de las llanuras. Pero todavía resta un capítulo al que no podemos eludir. En efecto, queda por considerar al indio como domador paciente, como jinete temperamental, como increíble acróbata hípico. Este será entonces el tema de una próxima nota sobre la equitación indígena en Sud América.

Daniel D. VIDART

(Especial para EL DIA)



Indios macabíes capturando baguales con bolas (según Florian Paucke 1749-1767).